

Filosofía
de la **Cultura:**
IDENTIDAD y
CONCIENCIA
humanista

ORLANDO DUNO

Programa Ciencias Sociales / Carrera Sociología del Desarrollo



Desde los siglos XVI y XVII el hombre se encuentra en una gran caminata que lo ha llevado por muchísimos espacios de conocimiento, de experimentación y, en general, de búsqueda de verdades que le permita asirse de un hogar seguro y de paz intelectual. No obstante, cada vez que se hallaba en tal situación le sobrevénía el vértigo de su propia angustia ¿Qué debía buscar? ¿Qué era realmente la Verdad? ¿Quién la poseía? ¿Dónde debía buscarla? ¿Hacia qué lugar de la tierra debe dirigirse para hallarla?

Estas y otras muchas preguntas todavía permanecen incontestadas al igual que persisten la terquedad y la zozobra del hombre por superar la temporalidad de su existencia a través de la sabiduría, el arte y las religiones. Así, pues, estas manifestaciones humanas se convierten en extensiones ontológicas del propio ser humano. El hombre las fraguó en su dimensión bio-psico-social. Son dimensiones que dan razón a las preguntas iniciáticas, las preguntas que permanecen como fantasmas en la conciencia del Ser del hombre.

De este modo, hemos llegado a responder sólo el lugar de la determinación del hombre con relación a la naturaleza, es decir, las respuestas dan razón de que el hombre es *algo* distinto de la naturaleza. Todavía no se responde a la gran pregunta ontológica de ¿Quién es el hombre? ¿Cuál es la esencia del hombre? Regularmente acudimos a sus obras, a sus hechos, lo describimos. No llegamos a dar razón de su mismidad, de su IDENTIDAD. Nos aprehendemos desde la otredad del *especulum*. Somos seres relativos.

Esta condición de relatividad ontológica y óptica subyace en la conciencia intersubjetiva del hombre, lo hace un ser *existenciarío*. Es decir, lo convierte en un ente relativo en dos sentidos: por un lado, adquiere conciencia de sí en tanto colectivo humano. Esto es, en las relaciones constituyentes de su conformación subjetiva y en las condiciones de relaciones sociales y espirituales que lo determinan; por otro lado, se explicita en el reflejo de su propia imago a través de los hechos y cohechos de la cultura.

El hombre es un ser existenciarío en tanto su condición imago-dialógica, cultural y social. Esta dialéctica existenciaría del hombre, a mi modo ver, posibilita un discurso filosófico de la cultura más allá del análisis sociológico y periodístico de su devenir social e histórico. Es decir, más que una cronología de sucesos o hechos narrados de forma cuasi-reales o *verídicamente* comprobables. El imaginario social instituye las condiciones intersubjetivas en las que se construyen los discursos; las condiciones políticas establecen la praxis y las formas de emancipación de todo *estamento* perverso y dominante en sus mecanismos culturales, esto es: en las manifestaciones espirituales y subliminales del imaginario colectivo. Una dialéctica existenciaría, trasciende las contradicciones individuantes y solipsitas de la cultura como expresiones *automáticas* de creaciones artísticas e *inteligentes* de personajes y sociedades cuyo fin, la felicidad, se encuentra en una especie de paraíso hedonístico de la contemplación.

Esta Identidad, esta común-unió de lo Total con el imaginario colectivo, se distingue en los momentos de sus realizaciones históricas: para

uno, lo Total, el fin es su comienzo; para el otro, lo imaginario colectivo: el fin es la superación dialéctica de lo obvio, de la existencia *inmediáticas*. Las condiciones Existenciarías, en el sentido que lo hemos asumido desde la Filosofía de la Cultura, desde la Filosofía sin más, nos permite fraguar una perspectiva de trasvaloración en las concepciones de la coexistencia y de la convivencia, de lo *individuante* a lo *cosmonante*. Con ello se posibilita que las realizaciones del hombre sean Realizaciones públicas, en el sentido *globalizante* del término.

En efecto, si las realizaciones del hombre son realizaciones humanas ¿Implica necesariamente su contextualización en un orden realizable histórico-social? ¿Por qué apelamos al Tiempo? ¿En qué *sentido* o en qué clave de aprehensión interpretamos el *ahora* y el *después*? En todo momento de la hermenéutica coexiste lo atemporal, no hay recuerdos. Ese instante de serenidad ontológica, metafísica encuentra en el hombre su condición cosmogónica de id-enti-dad. El recuerdo relativiza, lo pasado se instituye como la cosa que permanece atormentando lo presente de la existencia, no hay sosiego.

Sosiego no implica en este diálogo letargo ni quietud, estos conceptos apuntan, en lo común de su interpretación, una supuesta paz espiritual y *mental*. Nuestro *sosiego* en una metáfora atemporal del péndulo incesante, atormentado del hombre en su búsqueda de la *cosa en sí*. Del sosiego esperamos siempre que el futuro se presente como el traspasar de los recuerdos no recordados, de los momentos no vividos, de las esperanzas huidizas y torpes en sus posibilidades.

La Cultura como Identidad

Si se asumiera que el ser del hombre o el hombre del ser, es el devenir, esto es, un constante buscar-se, entonces la cultura representaría su *identidad*. La cultura es una extensión ontológica y óptica de las múltiples dimensiones del hombre, en tanto cuerpo y espíritu. La Cultura detiene al hombre en su devenir, no lo anula, no lo priva. Hace posible, por el contrario, que se arraigue en la tierra para fundar sus espacios identitativos. Los espacios de identidad le dan al hombre el carácter cultural de su existencia y la existencia del carácter trascendental de su cultura; en otras palabras: la cultura hace posible la inmanencia siempre presente de la identidad en cuanto a la representabilidad espacio-temporal del hombre. El hombre se re-presenta en la Cultura a través de manifestaciones artísticas, religiosas, políticas, míticas y formas sociales de convivencia.

En la Cultura el hombre permanece consigo mismo y con los otros que lo afirman en su determinación, de esta manera en el plano de la Naturaleza nos identificamos como hombres, en el plano de la cultura nos identificamos como humanos; más aún, en el plano de lo humano la identidad será el conjunto de valores que se fraguaron en la relación del *domus* con el hombre: de la tierra y la sangre que marca la autonomía de la cultura con relación a lo otro puesto ideológica-

mente como identidad cultural. La cultura no es la adjetivación de la identidad; antes bien, la cultura es el fundamento ontológico y óptico de la identidad manifiesta de un pueblo, en ella la cultura sustantiva, el carácter polisémico del ser y hacer de los hombres en un *Domus* determinado.

Ahora, la Cultura no es un fenómeno nominativo de lo que ella representa como un vocablo más. En este análisis intentamos asumir la cultura no como un fenómeno, en el sentido original del término, sino por el contrario como un Espacio Existencial donde lo humano se humaniza en sus realizaciones. La cultura no es el *reflejo* de lo humano; la cultura es lo humano reflejado en su serenidad atemporal, ahistórica, no sin historia.

La Cultura como Conciencia Humanista

La cultura es la sustantivación de la identidad del hombre, lo constituye, le da valoraciones, lo arraiga en su devenir. Le permite construir espacios de convivencia, espacios de conocimientos, de sabiduría. También le posibilita los espacios de religiosidad, de espiritualidad como hechos de la propia conciencia, es decir, como expresiones de identidad, no como actos ideológicos que escinden, que separan y niegan la esencia misma del hombre. Entre

la identidad y lo ideológico hay una especie de discordia coyuntural de la conciencia: la identidad se concretiza en las afirmaciones y realizaciones Existenciales de la cultura como manifestación atemporal del sosiego; luego en lo ideológico la conciencia se sabe así misma en la búsqueda de las afirmaciones temporales de sus realizaciones, lo cual implica *in nuce* su autoliquidación.

La religiosidad, como superación, forma parte inmanente de la esencia del hombre, pero no es su esencia. Así como la religiosidad forma parte de la sociedad, la conciencia forma parte de la identidad, pero ella misma no es la identidad, en tanto que la religiosidad no es la sociedad.

Al presente, la conciencia es un proceso que se da en la dialéctica de la Cultura y la Identidad, es el resultado siempre inacabado del acto dialógico entre la cultura y la identidad, es por ello que la conciencia siempre insinúa la interiorización de los valores y los actos de los hombres y de la sociedad en general. De este modo la conciencia siempre es una conciencia que se valida en el plano y las dimensiones humanas, es inconcebible una conciencia que se valide en la negación de lo humano. De allí, pues, que la Cultura y la identidad posibilitan su concreción en espacios de materialización u objetivación de la conciencia en tanto que conciencia humanista.

En tanto que es una conciencia para la vida y no para la muerte, una conciencia que supone desarrollar la vida, no acabarla o aniquilarla. Una conciencia humanista de lo humano, de la naturaleza y de los hombres.